

EL PODER DE LOS ACONTECIMIENTOS*

The Power of Events

Bernhard WALDENFELS
Rubr-Universität Bochum

BIBLID [(0213-3563) 6, 2004, 139-151]

RESUMEN

Ante las cuestiones acerca de dónde yacen los puntos de fricción que permiten emprender el pensar del concepto de acontecimiento, y cómo abordarlo de modo satisfactorio sin caer en la distinción trivial de pequeños y grandes acontecimientos, cabe llamar la atención sobre las implicaciones del nexo entre Husserl, Dilthey, Bergson y James que resume el esfuerzo por lograr una filosofía no empírica de la experiencia, a la vez que describir el concepto en cuestión en correspondencia con la cuádruple problemática de estructuras de orden, sí mismo, alteridad y diástasis espacio-temporal.

Palabras clave: acontecimiento, orden, sí mismo, otro, espacio-tiempo.

SUMMARY

The questions: where lie the points of friction that allow to undertake the thinking about the concept of event, and how to approach that, without falling in the trivial distinction of small and big events?, could be satisfactory illuminating to take into account the implications of the nexus between Husserl, Dilthey, Bergson and James, that summarize the effort to achieve a non-empiricist philosophy of experience, and to describe the concept of event in correspondence with the quadruple problematic of structures of order, self, otherness and diastase of space and time.

Keywords: event, order, self, other, space-time.

* Traducción de Reynner Franco.

Curiosamente hay términos conceptuales que apenas se echan de menos cuando están ausentes y que, sin embargo, desarrollan un particular atractivo al surgir. El término conceptual «acontecimiento» (*événement, event*) es uno de ellos. Su procedencia casi no se divisa pero su empleo es diverso. Hasta hoy, que yo conozca, no se ha producido ningún «eventismo». No obstante se extiende una línea divisoria entre planteamientos en los que lo acontecedero desempeña un papel especial y aquellos en los que casi se echa falta si se prescinde de consideraciones específicamente histórico-teóricas y de ontología formal. Ello está sin duda relacionado con cómo es pensada la experiencia, qué importancia se le atribuye y qué se espera de ella. No persigo ocuparme aquí de historia de conceptos sino más bien llamar la atención sobre lo siguiente: en los umbrales del siglo XIX hacia el XX hubo un nexo entre Husserl, Dilthey, Bergson y James¹ comprendido por los mismos implicados como esfuerzo por lograr una filosofía no empírica de la experiencia. Tal filosofía pugna por una sólida concepción de experiencia, es decir, por una experiencia que no solamente proporcione datos, sino que se organice, se estructure y se proyecte a sí misma sin tener que basarse en una legitimación positiva. Esto explica también la cercanía con la fuerza creadora de la vida llevada hacia un nuevo enfoque por el reciente avance de las ciencias biológicas y las biotecnologías. No se trata solamente de evitar los escollos de un racionalismo y de un empirismo debiendo y recortando de ambos lados, sino más bien de relativizar la presunción de legitimidades a priori y hechos a posteriori como tales en favor de un acontecer que abre su propio paso y, literalmente, *experiencia algo*.

Uno podría preguntarse por qué esta radicalización de la experiencia, que alimenta un pensar del acontecimiento, ha desarrollado en Francia, después de la Segunda Guerra Mundial, un efecto muy superior en grado y profundidad al del ámbito de habla inglesa y alemana. Ello es tanto más asombroso cuanto que los autores franceses decisivos ciertamente tomaron, y toman, distintos caminos en los que sin duda ha de tenerse presente que apenas uno de los autores a considerar no es enteramente afectado por la fenomenología husserliana y/o el pensamiento del ser heideggeriano. En mi contribución me limitaré a reproducir las constelaciones que me inducen a tratar con un nuevo concepto de acontecimiento. Está de más mencionar que estos intentos me han conducido una y otra vez a través del paisaje fronterizo franco-alemán. En primera línea me interesa esclarecer dónde yacen los puntos de fricción que permiten emprender reflexiones a partir del concepto de acontecimiento. A la vez enmarcaré el concepto en cuestión en un tetragrama en correspondencia con la cuádruple problemática de orden, sí mismo, otro y espacio-tiempo. Este tratamiento de tipo indirecto me ayuda a evitar la alternativa poco satisfactoria de pequeños acontecimientos triviales y grandes acontecimientos enfatizados².

1. Nietzsche habría pertenecido a ello, claro que sólo después llegaría su momento filosófico. Lo mismo se aplica a Kierkegaard.

2. En lo que sigue aguzaré de modo aporético lo que he expuesto detalladamente en otro lugar. Cf. en particular *Ordnung im Zwielficht*, Frankfurt, Suhrkamp, 1987. Cap. A. 8-10 y pp. 207 y s., 213:

1. LO QUE SALTA DEL ORDEN

Comencemos dentro del orden y la historia. Usualmente no se habla de acontecimientos históricos cuando pasa algo en general, sino sólo cuando sucede algo especial y significativo. Sin embargo este calificativo, perteneciente a los temas centrales de cada una de las teorías históricas, no se comprende por sí solo. Robert Musil, quien bien podría ser considerado como escéptico moderno tardío de la historia, cuenta en su conocida novela³ no sólo con un hombre sin atributos y con atributos sin hombre, con «vivencias sin aquel que las viva» (p. 150), sino también con acontecimientos sin atributos, los cuales, en sentido estricto, no acontecen a nadie. En el capítulo inicial narra un siniestro ordinario, pero no lo relata de modo ordinario. Comienza con que algo, a saber, un camión que frena repentinamente, «ha saltado del orden», ha realizado un «movimiento contundente de través» (p. 10), y concluye con que ese incidente se manifiesta como un «suceso legítimo y ordenado», con lo que adquiere su veracidad estadística: pues en América se producen anualmente 190.000 muertes y 450.000 heridos por accidente de tránsito, dice el transeúnte a su acompañante (p. 11). Esta obertura de la novela se lee como la exposición paradigmática no de un acontecimiento, sino de la normalización de un acontecimiento que no deja en los transeúntes mencionados otra cosa que la «sensación injustificada de haber vivido algo particular» (id.). Ha sucedido algo que sucede de igual modo todo los días. «Sucede su igual», como reza uno de los grandes epígrafes intermedios. En otro pasaje el protagonista es uno al que, contemplando los acontecimientos balcánicos acaecidos entre finales de 1913 y principios de 1914, le surgen dudas sobre si ahí realmente hubo historia. «Ciertamente tuvo lugar alguna intervención, pero él no sabía con exactitud si eso era una guerra» (p. 359). La duda se dirige aquí también a la comparabilidad del acontecimiento, pues es propio del acaecer «que él mismo [se] tenga lugar y no quizás algo meramente similar o su igual» (p. 360). Ahora bien, ¿qué quiere decir que algo tiene lugar «por sí mismo»? Sólo puede significar que ese algo *es más que el mero caso de una regulación* sustituible por muchos casos similares; también, que pone tras la regulación un signo de interrogación, aún cuando él la confirma. La regla sólo valdría ilimitadamente si el respectivo acontecimiento no fuera *nada más* que un mero caso; si lo desigual, que en modo alguno *es igual*, sino que *llegará a ser igual*, desapareciera detrás del efecto igualador del orden⁴.

Zwischenereignisse, y cap. E. 5: Schlüsselereignisse; *Antwortregister*, Frankfurt am Main, Suhrkamp 1994. Cap. II. 2-3: Ereignis des Sagens. Así como, más recientemente, *Bruchlinien der Erfahrung*, Frankfurt am Main, Suhrkamp, 2002, donde el asunto paralelo de *pathos* y *diastase* conduce constantemente hacia la pista de un pensamiento del acontecimiento.

3. *Der Mann ohne Eigenschaften (El hombre sin atributos)*, Hamburg, Rowohlt, 1952. En adelante citado indicando sólo el número de página en el cuerpo del texto.

4. Sobre el tema del orden como igualador de lo desigual, especialmente conciso en el escrito temprano de Nietzsche *Von Wahrheit und Lüge im außermoralischen Sinne (Sobre verdad y mentira en*

Esta reflexión propicia un primer eje de revisión. En el enfoque moderno, orientado normativamente, se distingue entre *órdenes válidos* (reglas, estructuras, condiciones de posibilidad, etc.) y *hechos conforme a orden* (estado de cosas, curso de los hechos, relaciones, etc.). De ser superado este abismo de forma dialéctica, se realizaría desde y a favor de la razón: el viejo devenir hacia un ser esencial, la *génesis eis oúsan* (*Philebos* 26 d), se transforma en un devenir sí mismo de la razón. Lo que es efectivamente real, es o devendrá racional, o, al menos, obedece a la razón. El concepto de acontecimiento permanece débil porque presupone ya de antemano las directrices o la totalidad de una razón regulativa. Una alternativa surge cuando el orden mismo se sitúa bajo condiciones contingentes y el ordenar acontece por su parte. Cuando Leibniz habla del *miracle de la raison* como el auténtico milagro, queda aludido un cambio brusco que conduce no sólo al desdoblamiento de lo que ya existe plegado peculiarmente en su forma, sino también, en cierto modo, al desprendimiento de pliegues por parte del efectuarse del orden⁵. De aquí que fundaciones, de las que se trata en Husserl, Heidegger y, más adelante, en Merleau-Ponty, puedan ser por tanto comprendidas como acontecimientos que abren nuevos ámbitos de sentido en tanto cierran otros posibles; que posibilitan una cosa en tanto imposibilitan otra. De este modo «hay» verdad, sentido, racionalidad y orden, tal como se sugiere en Heidegger, Merleau-Ponty o Foucault. Todo tipo de orden, tanto el de la lógica como el de la moral, la política o el arte, es afectado por esta genealogía.

Con ello se formulan una serie de preguntas. La primera tiene que ver con la unicidad del concepto de acontecimiento. ¿No deberíamos quizás partir de que existen dos tipos de acontecimientos, a saber, intra-ordinarios, los cuales tienen lugar en el suelo del orden respectivo, y extraordinarios, los cuales abandonan y modifican dicho suelo?, o dicho de otra manera, ¿hay acontecimientos conformes y normales por un lado e irregulares y anómalos por el otro? Me parece que dentro de semejante bidimensionalidad del acontecer –que en cierto modo acaba

sentido extramoral), he hecho referencia en repetidas ocasiones. Cf. principalmente «Die verachtete Doxa», en *In den Netzen der Lebenswelt*, Frankfurt am Main, Suhrkamp, 1985, p. 48, así como *Ordnung im Zwielficht*, p. 93.

5. Ya Merleau-Ponty contrapone al planteamiento de Sartre de un agujero en el ser el tema de un pliegue (*pli*) o vacío (*creux*). De este modo sustituye la dialéctica de los opuestos por un efectuarse de la diferenciación que se transfiere, cada vez más manifiestamente, al ser. El pliegue surge como un acontecimiento por excelencia si previamente no se suscribe al movimiento algo que se mueve. Cf. para ello MERLEAU-PONTY, Maurice, *Phänomenologie der Wahrnehmung (Fenomenología de la percepción)*, trad. por Rudolf Boehm, Berlín, De Gruyter, 1966 (fr. 1945), p. 252, así como: *Das Sichtbare und das Unsichtbare (Lo visible y lo invisible)*, trad. por Regula Giuliani and Bernhard Waldenfels, München, W. Fink 1986 (fr. 1964), pp. 252, 288. Al respecto es importante también tener en cuenta que para el Sartre temprano el acontecimiento, metafísicamente denominado ontogenético, desempeña un papel determinante frente a la ontología de las estructuras. Cf. las conclusiones de *Das Sein und Das Nichts* (fr. 1943). Para algunos aspectos podría recurrirse a Gilles Deleuze, quien ha dedicado un volumen entero al tema de los pliegues en el barroco. Al respecto remito al trabajo, en vías de publicación, de RÖLLI, Marc, *Der transzendente Empirismus (El empirismo transcendental)*.

siendo una clasificación en acontecimientos de días hábiles y acontecimientos dominicales, en cotidianos y festivos— persiste todavía el viejo abismo entre idealidad y realidad, entre legitimidad y facticidad. Sin embargo, mientras haya diferencias no derivadas del efectuarse mismo del orden, no puede hablarse de acontecimientos en sentido radical. La alternativa parece ser otra. No hay dos clases de acontecimientos de modo que pertenezcan a una clase superior o a una inferior. No obstante, sí existen distintas *predominancias* y una correspondiente *polarización*. Un acontecimiento puede acabar siendo *primariamente* un sometimiento a prueba, afianzamiento o reproducción de un orden determinado, o, por el contrario, podría quebrantarlo, socavarlo y sustituirlo por un nuevo orden. Que el asesinato, al que alude Musil, del sucesor del trono austríaco por parte de un nacionalista serbio, sea algo más que un siniestro o crimen cotidiano reiterativo, no es un asunto que esté determinado del todo. Cada acontecimiento es hasta cierto grado una suerte de cabeza de Jano, ya que nos permite mirar hacia delante y hacia atrás. Ello no obedece solamente a la «licencia» de vida pública que se permite (cf., p. 47), ni al tratamiento que recibe cuando Ulrich atenúa las exorbitantes expectativas históricas con la observación: «muchas cosas movieron la humanidad», o cuando se secuencia calidoscópicamente récords de altura de vuelo, campeonatos mundiales de boxeo, viajes presidenciales, éxitos de un tenor y seísmos (p. 359)⁶. Pero, ¿mueve todo ello así de sencillo la humanidad? Aquí se perfila ya otra pregunta: ¿a quién le acontece su igual? Ante todo hay que añadir que podemos aproximarnos a un estadio que puede ser descrito bien sea como inacción o como círculos sobre el sitio. Donde no hay nada a lo que aquello que acaece pudiera conferir peso y color, no acaece nada. La disminución de la diferencia lleva a un punto muerto en el que el gris monótono de lo cotidiano se aproxima a la nada. Lo cotidiano llega a ser insondable en su cotidianidad. Los dramas de Beckett extraen su fuerza de lo siguiente: *de que nada sucede*. Esto es válido también para muchos otros textos que se acumulan y que podrían ser rotulados como textos en espera. Ellos conjuran una espera sin expectativa: «Me senté aquí a la espera, a la espera, aunque de nada». De modo que si algo entra en escena, lo hace de modo inesperado.

También surge con ello la pregunta por el tipo de alteración. Hemos aprendido a desconfiar de las grandes «acciones capitales y de Estado» de la misma manera que del Walhalla de los grandes actores. Aún así se perfila también aquí un *doble ritmo*. Por una parte encontramos desplazamientos graduales a modo de erosión en el sistema de acontecimientos y en la cadena de acontecimientos, modificaciones en el plano de *longe durée*. A esto pertenecen no solamente procesos económicos a largo plazo, sino también alteraciones lingüísticas que sólo en contados casos son

6. Algo similar emprende Hans ULRICH GUMBRECHT en su recorrido por acontecimientos de un año en particular: *1926. Ein Jahr am Rand der Zeit (Un año alrededor del tiempo)* trad. por J. Schulte, Frankfurt am Main, 2001.

ordenadas por fecha. Por otra parte se añaden alteraciones abruptas emergentes a modo de erupción. Hay que estar profundamente absorto en los *Annales* para considerar como sucesos a descontar meramente en serie acontecimientos como el terremoto de Lisboa, el estallido de la Primera Guerra Mundial, el Viernes Negro del desastre financiero, la denominada Noche de los Cristales Rotos, la rebelión Húngara, la Caída del Muro de Berlín o, recientemente, el atentado al World Trade Center. Dicho geológicamente, hay acontecimientos neptúnicos y volcánicos, literariamente se distinguen recorridos épicos y dramáticos. También aquí, con el fin de evitar una bipartición escueta, hablo de *acontecimientos claves*, es decir, de acontecimientos que están sobre-determinados; que desarrollan en su polimorfa complejidad una especial facultad de apertura, con lo que, literalmente, se salen de tono. De aquí que el transcurso de las cosas no sólo pase hacia algún otro lado, como sucede con los cambios de posición o de pareja, sino que más bien se desvíe de sí mismo. Del mismo modo que la intención y la observancia de reglas no representan un acto propio, sino una forma de acto, igualmente la desviación no supone un acontecimiento particular, sino un modo de acontecimiento. Por último, se plantea la cuestión de cómo podemos someter algo a discusión sin tener que ajustar lo que surge a lo que subsiste. La respuesta, que ha de ser deducida del acontecimiento mismo, se encuentra en una singular *reduplicación* que excede tanto la mera bipolaridad como el simple cambio de ritmo. Ella conlleva a que la génesis del orden sea sentada en la permanencia del orden, también a que lo extraordinario de la fundación del orden pase precisamente a aquel orden en forma de un *re-entry* que le da comienzo. De este modo los acontecimientos drásticos no quedan sin registro de lugar y fecha, apuntemos: Lisboa, 1755; París, 1889; Sarajevo, 1914; Budapest, 1956; Berlín, 1989; Nueva York, 2001 o Bagdad, 2003. De allí la dispersión alternada de datos temporales y de lugar. Un estallido de guerra o una caída bursátil se dejan localizar o fechar con menos precisión que un atentado debido a que la creciente complejidad del suceso sólo indica todavía puntos nodales y no un centro como tal. En esto distingue el cuadro esbozado por Tolstoi en *Guerra y paz* de la intriga que teje el autor en *Anna Karenina*. Esta última novela culmina con un siniestro ferroviario anunciado ya en uno de los primeros capítulos a través de un incidente parecido. Claro que, como en Musil, mientras la primera víctima permanece sin nombre (un guarda que deja una familia numerosa) la segunda porta un nombre que le es familiar al lector. Es el nombre de la protagonista el que llega a ser el nombre de la víctima principal... Con ello entramos ya en una nueva problemática.

2. A QUIEN LE ACAECE ALGO

La pregunta por aquello que respectivamente sucede está unida a la pregunta: ¿a quién le sucede algo? Ello no tiene necesariamente que ser de ese modo. ¿Acaso no muestra la descripción meteorológica del «hermoso día de agosto» del año 1913,

que Musil anticipa a la mencionada escena inicial como una indicación de realización, que cualquier personificación es ahí innecesaria? El mencionado accidente de tránsito tiene lugar ante un bastidor neutral cosmotécnicamente acompasado: «sobre el Atlántico había un mínimo barométrico, un máximo migraba por Rusia hacia el este». Si quisiéramos hacerlo más sencillo podríamos resaltar que «Rusia» no representa coordenadas meteorológicas y que el nombre de este país, unido a la fecha del año, se perfila como un histórico presagio fatídico. Ciertamente siempre podríamos eludir grados de longitud y anchura, y remitir la alegría del bello clima de excursión al plano particular de lo emocional. No obstante también cuenta el meteorólogo, quien administra el servicio del tiempo y que, en todo caso –en tanto que no se funde con el barómetro cual aparato mortífero–, no está realmente interesado en lo suceda bajo el sol de ese día de agosto. Algo distinto sucede con la pareja de transeúntes que ciertamente se acerca, contempla y comenta, pero que en cierta medida reniega a darse por aludida: «Espero que esté vivo», replica el caballero a su acompañante, la cual duda «haber vivido algo fuera de lo común». «Justamente eso parecía al levantarlo y subírsele al coche» (p. 11). La agudeza irónica de estas observaciones con las que cierra la escena yace en que con la supervivencia de la víctima se desvanece el resto de lo «fuera de lo común» que la muerte –pese a todas las columnas de números– tiene de suyo. Del carácter eventual no queda mucho. Naturalmente podríamos continuar y sostener fríamente que también la cuestión de la vida y la muerte queda reducida finalmente a aquello que debe pagar el seguro. Con ello nos situaríamos de nuevo donde estábamos antes: en el suelo del orden. Ahora bien, de ningún modo puede tratarse de apostar sin rodeos, contra seguros de vida y muerte y contra cualquier otro modo público de contabilizar la vida, por una forma enfática de vida y muerte propia, como si los cómputos no fueran otra cosa que una incómoda pesadilla. Tales esfuerzos de reapropiación, en los que lo propio se eleva a lo propiamente real, siempre llevan consigo algo forzado que adquiere sus fuerzas de aquello que combaten. Aún así surge la pregunta de si los órdenes como tales, en los que acontece «su igual», llegan a ser propiamente visibles o palpables sin que sean conmocionados persistentemente por algo que no contiene su igual, y, si semejante conmoción es concebible sin que alguien, a quien le ocurra, tenga participación en eso que acontece. La temida muerte accidental sería una auténtica prueba. No se trata con esto del puro narcisismo de un sujeto que no logra desprenderse de su singularidad, sino de que tanto la muerte como el placer, el dolor y demás emociones, emigran directamente hacia lo ficticio si no se refieren al alguien que las viva, no muy distinto de la risa irónica del gato risueño en *Alicia en el país de las maravillas*.

La pregunta que tendría lugar aquí no puede estar referida a si alguien en realidad está implicado en tales acontecimientos, sino que ha de concernir únicamente al modo y manera como ello es el caso. Situados en ello, nos espera un segundo eje de revisión. Bajo los auspicios del sujeto moderno surge una reiterada dicotomía que le quita de otra manera el hierro al acontecimiento. Se ha acostumbrado ubicar, por una parte, *acaecimientos objetivos, impersonales*, que

pueden ser descritos desde la perspectiva del espectador y, por la otra, *actos subjetivos* atribuidos a alguien, es decir, *acciones personales* de las que alguien ha de ser responsable. No en vano el conocido libro de Donald Davison se titula *Essays on Actions and Events*. En él aparecen *actions* y *acts* como *events* que se caracterizan por la intencionalidad o regularidad. En el caso de emociones que no están orientadas intencionalmente hacia algo –como por ejemplo el miedo– y que por tanto no son culpables de ninguna irregularidad, sólo queda el campo cuidadosamente desminado de los *mental states*, los cuales no suscitan ninguna inquietud particular. Acciones defectuosas como cojera, tartamudez o el simple estornudo, así como los arranques de risa y llanto reciben la etiqueta de reflejos condicionados psicológicamente o simples mecanismos corporales que acompañan nuestras acciones expresivas. Todo aquello que no se ubique en el plano de los actos o estadios psíquicos o mentales, desciende al nivel de los *acontecimientos acompañantes* psico-somáticos. En ello no ha tenido nada que perder la desublimación provocativa de la historia, emprendida por Pascal al atribuirle a la nariz de Cleopatra una malicia del cuerpo históricamente operativa⁷.

El asunto del acontecimiento promete aquí un cambio parecido al del ámbito de las reglas y estructuras de orden. El «[ello] acontece» impersonal por de pronto sirve para preservar de una personalización precipitada. Cuando el Ello es enfatizado por los más diversos autores: «[ello] piensa» (Lichtenberg, Nietzsche), «[ello] (o se) percibe» (Merleau-Ponty), «[ello] escribe» (Calvino) –sin mucho que decir sobre la instancia ello en Freud, la cual se entremezcla en todo pensar y querer y no se limita a un nivel psíquico inferior– se refiere al peculiar acaecer de la experiencia como tal. En ese acaecer algo llega a ser visible, audible o palpable en tanto nos irrumpe, sorprende, atrae, repugna, o escapa de nuestro saber y querer sin que todo ello pueda ser atribuido a un sujeto en tanto autor o portador de actos y acciones. Los campos de experiencia se organizan, como ya lo indica el gestaltismo. La observación puede ser determinada como acto, mas no la excitación de la atención que pone en acción nuestra experiencia: la conducta de placer y dolor puede ser aprendida y controlada, mas no el experimentar placer y dolor como tal o el encontrarse bien o mal. A todo eso que nos desaviene y ocurre hasta en los acontecimientos límites de nacimiento y muerte, los cuales se repiten de distinta manera en la vida, lo denominó *pathos* en el sentido de suceso. Podríamos también hablar de *a-fección*, mientras con ello se evoque el a-bordar, in-citar, con-cernir o a-pelar y no se degraden las afecciones a estadios afectivos privados.

Ahora bien, la fórmula «[ello] acontece» también podría leerse como «[ello se] acontece». El acontecimiento está referido a sí mismo, tal como se expresa en los verbos reflexivos alegrarse, moverse o exteriorizarse. Con este Se, se abre un

7. Pascal, junto con Montaigne, pertenece a los primeros autores que, en el desenlace de la constitución anímico-corporal del hombre, desarrollaron un sentido para aquello que nos incumbe, ocurre, y nos hace crear, antes de presumir de maestros y poseedores de la naturaleza externa e interna.

resquicio en el acontecimiento mismo. Sin él, el «acontece» sería finalmente degradado de nuevo a un evento observable y manejable —o bien se emanciparía hacia un *ipsum esse* dinamizado que sólo podría ser afirmado tautológicamente o instituido demagógicamente: un acontecimiento se acontece, *il arrive*.

También la interpretación del acontecimiento como *pathos* arroja una serie de preguntas. En primer lugar se plantea en qué participa del acontecimiento alguien que se remite al *pathos* propio o extraño. Nuestra respuesta, aparentemente apropiada para cesar el debate en torno a la vida o muerte del «sujeto», tiene múltiples aspectos. El hecho de que algo ocurra a [o para] ti o a mí, a ella o a él remite en caso *dativo* a una instancia que se anticipa al decir-yo, o aún, al poner-yo sin que por ello haya de estar proscrita a la perspectiva de una tercera persona. Un medio auxiliar metódico es la recientemente empleada disyunción, incluso en la investigación neurológica, de la perspectiva de la primera y tercera persona, no obstante su alcance es limitado. Una expresión como «acontece», la cual entra dentro de la rúbrica lingüística de los impersonales, no ha de ser comprendida como negación de lo personal, sino más bien como coordinación difusa que aún no acusa un centrado regulador. Karl Bühler denomina directamente «palabras acontecimiento» giros como «llueve», en los que las preguntas «dónde» y «cuándo» llevan la voz cantante, sin que la pregunta «quién» ocupe el primer plano⁸. La orientación hacia idiomas extra-europeos, cuya estructura de oración está en menor proporción agrupada en torno a un sujeto, y que conceden mayor presencia al verbo que al sustantivo, podría ofrecernos a nosotros europeos algo liberador.

La estructura dativa de aquello que me, o te, sucede pone en vilo una serie de otros. Ello se aplica también a la diferenciación tanto de *propio* y *extraño* como de *acción* y *pasión*. Lo que me ocurre es impuesto a priori por el «yo-extraño» que penetra hasta lo más propio de mi ipseidad y posibilita que el discurso sobre «mi dolor» o «mi placer», o en general sobre «mi cuerpo», se manifieste igualmente como una insoslayable *façon de parler*. Lo que me ocurre es propiamente cualquier otra cosa que mi acción, tampoco es una pasión en el sentido de una acción invertida a la que bien o mal le imputo un agente o actor extraño. Para ejecutar eso tendría yo que traspasar al otro lado y observarme desde afuera, lo cual sólo puede efectuarse de modo indirecto y sumamente mediado. Lo que precede a esto, y a muchas otras cosas, ha de ser caracterizado como pasión originaria, como un estar-afectado-por... que se sustrae al acostumbrado esquema de espontaneidad y receptividad, de acción y pasión. Husserl, en sus estudios sobre pasividad, siguió la pista de este estado de cosas, y autores franceses como Merleau-Ponty y Lévinas

8. *Sprachtheorie*, Stuttgart, G. Fischer, 1982, p. 376. Para una historia previa de la rúbrica mencionada cf. el artículo «Impersonalien» en el vol. 4 del *Historisches Wörterbuch der Philosophie*. Las denominadas expresiones impersonales son apropiadas para proporcionar al pensar del acontecimiento un respaldo teórico-lingüístico, el cual podría guardarlo de algunos vuelos nubosos especulativos.

dieron continuidad a tales reflexiones. La forma pática de la fenomenología, que yo mismo persigo, continúa estos planteamientos.

Por último está la pregunta por la *nominalidad* e *innominalidad* de mí mismo. El ello adquiere los rasgos de un hombre, de una forma sincrética de atribución que no implica un más o un menos en la cooperación, o sea un modo dosificado de responsabilidad, en definitiva, exoneración alguna de la misma. Los acontecimientos en los que respectivamente participamos de modo especial, se inscriben en un ámbito social, en una tierra de nadie no parcelada en individuos ni asociada a un conjunto. La vieja contraposición entre individualismo y holismo, la cual sólo conoce actores en mayor o menor medida, fracasa cuando aquello que «ocurre con nosotros» (en el doble sentido de la expresión) procede a la vez de los efectos individualizadores y generalizadores de ese ocurrir. No se trata por tanto de pasar por alto la pregunta por el quién de la experiencia, pues ella se resuelve en el suceder mismo de la experiencia. Individuos y colectivos son realidades constitutivas, mas no fundamentales.

En lo concerniente a la relación entre acontecimiento y *acto* o *acción*, se proyecta en conclusión, igual que en el caso de acontecimientos ordinarios y extraordinarios, una llana acción dicotómica hacia el vacío. Lo que nos sucede *llega a ser* acto o acción, claro está que sólo en cierta medida, a saber, en tanto es imputado a alguien. La pregunta es entonces hasta qué punto realmente es eso posible. En el relato del proceso contra Moosbrugger, en el que la búsqueda de Musil de un hombre con o sin atributos pisa terreno jurídico, esta pregunta juega un papel decisivo. Este vagabundo, enjuiciado por el asesinato de una prostituta, recibe la sentencia de muerte con la paradójica confesión: «Estoy satisfecho, aún cuando deba confesarles que han enjuiciado a un insensato». Ulrich, quien ha seguido el proceso casi sin respirar, concluye: «Evidentemente fue insensato, igualmente evidente sólo una cohesión distorsionada de nuestros propios elementos del ser». Todo ello le parece «desmembrado y oscurecido», como «si la humanidad en conjunto pudiera soñar» (p. 76). La transformación del a quién del *pathos* en un quién de la respuesta, o también, de un acontecimiento en acto o acción, arroja problemas que sólo se insinúan en la penumbra de la clínica o el tribunal, en la doble refracción anormal de patología y criminología. Suele tratarse como pregunta por la constitución del sí mismo. La paradoja que yace en este genitivo, leído en su doble sentido, se remite a un suceso al que Husserl le atribuye la cauta forma de un «constituirse».

3. LO QUE SUCEDE ENTRE NOSOTROS

El procesamiento judicial al que nos hemos referido como ejemplo trae consigo no sólo que el suceso se multiplica, sino también que los sucesos se traspasan entre sí y causan consecuencias acontecederas que se entrecruzan. También para ello la tradición dispone de conceptos. Hay un *alter ego*, el otro o los otros.

Una suerte de intersubjetividad surge al encontrarse varios sujetos en interacciones e interlocuciones y juntar el discurso y la acción propia con el discurso y acción de lo extraño. En el fondo se trata de una inter-subjetividad y de inter-acciones sin el «inter». El problema del otro y lo extraño se desmonta ya antes de plantearlo justamente porque eso que [se] acontece entre nosotros es de antemano designado a alguien, a saber, a una fuente de acontecimiento, autor o titular que es declarado como persona o sujeto. En esto no representa mayor diferencia el que tal juego mutuo sea pensado a partir de singulares que se dejan guiar en correspondencia con sus propios intereses, aspiraciones, representaciones o deseos reprimidos o proyectados; o si subyace una instancia coordinadora por medio de la cual se remitiese uno al otro como si estuviera en su lugar.

No obstante, del acontecimiento parte un reiterado tercer eje de revisión del que se infiltra la distribución social de sentido y la contabilidad por partida doble con su estricta separación de lo propio y lo extraño. En mis ensayos social-filosóficos he hablado, al comienzo, de un *interreino*, más adelante, dando terreno a la dispersión, de *inter-acontecimientos*, procurando con ello comprender que algo que no puede ser reducido a acumulación de producciones individuales propias ni a una instancia unificadora que garantice comunión, sucede entre nosotros. En este contexto distingo entre un *nexo* (*Verknüpfung*), el cual presupone una instancia intermedia, un «sin» que entra en escena como sinopsis o como síntesis y que opera en el comprender o en la captación, y una forma abierta de *conexión* (*Anknüpfung*). Esta última expresa que aquél, a quien algo le sucede, responde a algo distinto de él sin que esa respuesta encuentre su razón suficiente en eso que es o debe ser. La respuesta puede llegar de una manera u otra, puede ser rehusada o consentida, donde el rechazo en todo caso representa ya una manera de responder. El «etcétera» de una secuencia verbal o de una acción resultante de ello nunca permite ser llevado a un «en fin» definitivo. Los interacontecimientos, los cuales proceden constantemente de otro sitio y conducen continuamente a otro sitio, excluyen la presunción de un acontecimiento primero o último. En el amplio sentido de la palabra un *entretien* sólo se produce cuando entre esto que me acaece y aquello que doy como respuesta se abre un hiato que interrumpe el curso del discurso o de la acción, lo mismo sucede cuando ejecuto un auto-diálogo⁹. No solamente de este modo se ejecutan interrupciones de conversación o acción en las que el péndulo cambia, en sentido estricto, sólo sucede algo allí donde se traspasa un abismo que separa a-fectos de e-fectos. Ese abismo constituye el lugar para los descubrimientos, los cuales son algo más que un engendrar deseos y representaciones ya presentes.

En su acuñación radical, el «entre» que nos conecta a unos con otros, al tiempo que nos separa, únicamente puede ser comprendido como una suerte de *autoduplicación en el otro*, como im-posibilidad vivida, adecuada im-posiblemente a las

9. Véase para ello BLANCHOT, Maurice, «L'interruption», en *L'entretien infini*, París, Gallimard, 1969, especialmente pp. 105 y ss.

posibilidades que se ponen a mi disposición, o a la tuya, o a la nuestra. Yo *estoy* allí donde tú no puedes estar y tú *estás* ahí donde yo no puedo estar, como recuerdan repetidamente los versos de Paul Celan. Esta lejanía cercana y cercanía lejana, particularmente sometida a prueba en la diferencia de sexos, toca el motivo del doble (*Doppelgänger*). Los abismos del doble se muestran de nuevo en la figura de Moosbrugger, quien se siente perseguido por su víctima femenina así como por sus propias sombras, y quien reconoce de repente «que nunca se libraría de ella porque él mismo fue quien la arrastró hacia él», aquel «delicado, maldito segundo yo» que se coloca a su lado y contra quien arremete con el cuchillo (p. 74). Haciendo eco de la formulación de Musil ya mencionada podría decirse que «sucede mi igual», aunque justamente en ello se encuentra lo inquietante que me espanta en lo más propio de mí. En relación con esto Paul Valéry recurre igualmente al motivo del doble cuando escribe: «El otro, uno de mis iguales, o quizás mi doble, eso es el precipicio magnético»¹⁰. De él sale una fuerza de atracción, una fuerza que no media un sentido encubierto y que escapa a nuestro propio obrar, al cual le priva de suelo. El autor continúa del siguiente modo: «Antes remedador que imitador –un reflejo que te reacciona, se te anticipa, te desconcierta–»¹¹. Determinante es el «previamente», el cual no sólo es un distintivo de efectos sorpresa particulares, sino que distingue el acontecimiento, como tal, de cada movimiento de búsqueda u observancia de regla.

4. LO QUE TIENE LUGAR

Con una última consideración nos acercamos al enigma del tiempo, el cual se expone también como espacio-tiempo. De nuevo no se avanza nada con atribuirle a los acontecimientos un carácter temporal o espacial. Tiene que ver más bien con concebir el tiempo desde el acontecimiento antes de sometérsele a un esquema espacio-temporal. El momento decisivo ha resonado ya previamente. Que algo se acontezca significa que comienza de sí mismo, se separa de sí y se disocia; rehuye de sí mismo. La volatilidad del tiempo no consiste principalmente en que algo transcurre, sino en que algo se deja escapar a sí mismo, y la diseminación de lo espacial, por su parte, no consiste básicamente en que algo se disipa en el espacio, sino en que algo se localiza y ubica. Si el acontecimiento permite ser traído a colación, sería entonces sólo en virtud de esta *diastase* espacio-temporal que habita dentro del acontecimiento mismo.

10. Téngase en cuenta que la palabra francesa *aimant* no significa solamente «amante» sino que también designa al imán.

11. VALÉRY, Paul, *Cabiers*, vol. I, París, Gallimard, 1973, p. 499, versión alemana: *Cabiers/Hefte*, vol. II, Frankfurt/Main, Insel-Verlag, 1988, p. 93. El tema del doble también juega un papel importante en la descripción de Merleau-Ponty de la percepción de lo extraño. Cf. *Die Prosa der Welt (La prosa del mundo)*, trad. por Regula Giuliani, Munich, W. Fink, 1984 (fr. 1969), pp. 149-154.

También aquí debemos guardarnos de una interpretación usual que pierde doblemente su objeto. En primer lugar se orienta uno o bien hacia aquello que *ya no* es pero que une de nuevo el acontecimiento a su origen, o bien hacia aquello que *todavía no* es pero que promete llevar el acontecimiento a su destino. Lo que sucede *aquí y ahora* conforma por tanto el simple tránsito entre *ya-no* y *todavía-no*. Sin embargo, que algo se acontezca, se salga de orden, te ocurra o me ocurra, o suceda entre nosotros sin que esté ya dispuesto de modo germinal, sólo puede significar que el acontecimiento se aparta de sí mismo, se desplaza, se pliega, se ondula. Sólo puede significar que es otro distinto del que es; que está en un lugar distinto del que debería estar; que le ocurre a alguien, el cual o los cuales son algo distinto de lo que son. Retomando una vieja fórmula podríamos sostener que todo *nunc stans* es socavado por un *nunc distans*¹².

Comparado con las expectativas que guardamos, aquello que nos sucede llega siempre demasiado pronto, de manera que cada respuesta que damos siempre llega demasiado tarde. Este retardo no atañe sólo a la experiencia del singular en tanto que proviene de lo otro, sino también a la relación entre épocas y generaciones. Prehistoria y posthistoria se entrecruzan en una «historia en sínkopas, en la que figuran sobre todo los momentos del ser sepultado y del resucitar»¹³. El asincronismo constitutivo del acontecimiento es lo que nos confronta con un futuro que significa algo más que la prolongación, mejora o empeoramiento de lo subsistente aquí y ahora. Bajo la forma del segundo futuro, referido por los más diversos autores, retornamos al porvenir. Lo que denominamos presente se ubica en el resquicio entre el suceso precedente y la respuesta ulterior. Este resquicio no se cierra, desde el comienzo está cubierto por el olvido y cae constantemente en el olvido, y esto no sólo allí donde uno puede aferrarse a órdenes vigentes, sino también, y en mayor proporción, allí donde se hace del acontecimiento un buscado y ansiado evento. Aquello que nos sobreviene, se encuentra antes de ser buscado.

12. Véase para ello *Bruchlinien der Erfahrung*, pp. 176-180.

13. LAPLANCHE, Jean, *Die unvollendete kopernikanische Revolution in der Psychoanalyse (La incompleta revolución copernicana del psicoanálisis)*, trad. por Udo Hock, Frankfurt/Main, Fischer Taschenbuch Verlag, 1996, p. 153. El autor plantea un psicoanálisis, a partir del otro, cuyas orientaciones fundamentales convergen en muchos aspectos con mis esfuerzos; también en lo concerniente a la apreciación de aquello que sucede con nosotros.